LOS ALPES.

El grabado que va á la cabeza de estas líneas representa bien los accidentes pintorescos, pero terribles, de ese territorio que tantos peligros ofrece á los atrevidos viajeros que tienen la osadía de visitarle para disfrutar del imponente y magestuoso aspecto de aquellas inmensas montañas eternamente cubiertas de nieve. Entre los muchos riesgos que corre todo el que atraviesa aquel terreno, el mayor sin duda alguna son las *abalanchas*, esas masas de nieve y de hielo que se destacan de lo alto de una montaña, y aumentando en su curso, arrastran consigo árboles y rocas, y llevan el infortunio á los valles sobre los cuales caen. Las casas, los hombres y los rebaños, se encuentran sepultados en un instante en una estension de muchas leguas. En la primavera especialmente es cuando las *abalanchas* son mas temibles. El desprendimiento de una pequeña porcion de nieve á consecuencia de los primeros calores, la caida de una piedra, la menor vibracion en el aire, bastan para producirlas. Un ruido semejante al del trueno anuncia generalmente la aproximacion de la *abalancha*. Entonces es preciso correr á refugiarse en alguna caverna, ó en las grutas que en ciertos puntos peligrosos han sido practicadas para servir de asilo.

LOS INFANTES DE LARA.

Los Infantes de Lara así llamados sin otro motivo que ser caballeros jóvenes de ilustre familia (1), pues no eran

(1) El diccionario de la lengua castellana, despues de otras acepciones de la palabra Infante, dice: ant. el descendiente de

i aun descendientes de sangre real, fueron hijos de Gonzalo Gustios, caballero muy estimado por su virtud, y esfuerzo, que por ser natural de Salas y por tener hacienda en esta Villa distante tres leguas de Burgos, fué llamado el de Salas; y de doña Sancha Velazquez, hermana de don Rui ó Rodrigo, natural de Lara, Villa á dos leguas de Burgos, al cual nombraron de Lara por ser señor de esta Villa. Gonzalo Gustios fué hijo de Gustios Gonzalez, caballero principal en Castilla, nieto del conde don Diego Porcelos; tuvo Gonzalo Gustios siete hijos varones que hubieron por nombres Fernan Gonzalez, Diego Gonzalez, Martin Gomez, Suero Gustios, Rui Gomez, y los dos últimos Gonzalo, Gonzalez, y fueron muy estimados asi por sus familias, como porque habian sido criados en todas las virtudes y habilidades de caballeros por un ayo llamado Nuño Salido, y el conde Garci-Fernandez á todos en un dia los armó caballeros.

Sucedió pues, que Rui Velazquez tio de los Infantes casase con doña Lambra prima del conde Garci Fernandez, natural de Bureva que era la Villa de Bribiesca y sus comarcas. Celebráronse las bodas en Burgos, con gran magnificencia y concurso de caballeros naturales y estrangeros, y entre las fiestas que se hicieron fué una la que llamaban *lanzar á tablado*, que consistia en derribar con bohordos una especie de castillejo formado de tablas y el que con gran empuje y destreza lograba derribarlo era el que ganaba el juego. En la tal fiesta riñeron malamente Gonzalo Gonzalez el menor de los Infantes y Alvar Sanchez, primo hermano de la novia doña Lambra, y la contienda hubiera pasado adelante, si el conde Garci Fernandez y Gonzalo Gustios no los hubieran apaciguado; pero doña Lambra concibió un odio mortal contra los Infantes, aunque sobrinos de su marido por parecerle que habia sido el agraviado su primo Alvar Sanchez. Por esto estando en Barbadillo lugar de su marido, con doña Sancha su cuñada, mandó á un esclavo que tirase un cohombro lleno de sangre á Gonzalo Gonzalez que estaba bañando un alcon en el pilon de una fuente. Vista la osadia del esclavo, Gonzalo y sus hermanos encendidos en ira corrieron á castigarle, y aunque se fué á refugiar de doña Lambra, le dieron muerte en el mismo regazo de esta.

Creció á lo sumo el enojo de doña Lambra con tal suceso, y quejándose á don Rodrigo su marido, este le prometió tomar cruel venganza. Para ejecutarla mas cumplidamente rogó á Gonzalo Gustios fuese á Córdoba para negocios importantes, dándole una carta para el gobernador Almanzor, que era su amigo, en que le decia que al punto que llegase le cortase la cabeza, porque asi convenia. Leida la carta por Almanzor pasmóse de tan insigne alevosia, y movido á compasion, mostró á Gonzalo la carta y le aseguró no ejecutaria tan execrable maldad como don Rodrigo le habia encomendado, y se contentó con retenerlo preso tratándolo con mucha consideracion y esmero, como á persona tan principal convenia. En la prision, dicen, le visitaba alguna vez una hermana de Almanzor, de que resultó que se enamorasen, y ella vencida de su pasion quedase en cinta.

Entre tanto Rui Velazquez dispuso su gente echando la voz de que iba á hacer una entrada en el pais mahometano; pero en realidad con el fin de llevar á los Infantes donde muriesen. Para esto, dicen, que prometió ayuda á Almanzor contra Leon y Castilla, si le enviase gente que diese muerte en batalla á los Infantes, y que él mandó diez mil hombres que encontraron á los cristianos en el campo de Albacar, castillo distante cuatro leguas de Córdoba. Entonces Rodrigo Velazquez desamparó á sus sobrinos que con solo doscientos caballeros de los suyos pelearon denodadamente con los moros hasta que cansados se hubieron de retirar, quedando muertos Hernan Gonzalez el mayor de los Infantes y su ayo Nuño Salido. Enviaron á pedir socorro á su tio; pero él que no deseaba otra cosa mas que su muerte, no solamente no se lo mandó, mas estorbó que fuesen mil de los suyos que deseaban marchar á dárselo; al fin fueron trescientos y con estos volvieron los Infantes á pelear con los moros, hasta que destrozada su gente fueron presos los Infantes ya rendidos de fatiga y los acabaron de matar, llevando sus cabezas y la de su ayo á Almanzor. Rodrigo Velazquez satisfecho de haber ejecutado tan horrenda maldad se volvió á Castilla.

casa y sangre real, como los Infantes de Lara; dando por supuesto su origen real, lo que no se prueba.

Almanzor envió las cabezas á Gonzalo Gustios para que las reconociese, y el padre, horrorizado al verlas, se entregó al mas acerbo dolor. Almanzor procuró consolarlo y aun le dió libertad y muchos dones, permitiéndole volver á la tierra de su señorio. Antes de partir convino Gonzalo con la hermana de Almanzor, para reconocer lo que naciera, en que partiesen una sortija llevando cada uno la mitad. Nació un niño á quien se llamó Mudarra Gonzalez (1).

Este siendo de edad de catorce años, por consejo y persuasion de su madre fué á Castilla y con amigos favorecedores que tuvo, vengó las muertes de sus hermanos quitando la vida á Rui Velazquez y haciendo morir á Doña Lambra apedreada y quemada, accion por la cual mereció que el conde de Castilla, despues de haberlo hecho bautizar, lo armase caballero, y su madrastra Doña Sancha Velazquez madre de los Infantes lo declarase heredero del Señorio de Lara, prohijándolo con la ceremonia ridícula que dicen se usaba entonces para adoptar los hijos (2) que consistia en meter la cabeza por dentro de la manga de una ancha camisa y sacarla por el pecho. Este Mudarra Gonzalez es tenido comunmente por el tronco del linage de los Manrique de Lara, de cuyo dictámen fué Ambrosio de Morales en la crónica general de España, y lo mismo aseguran el doctor Gerónimo Gudiel, Mariana, Gonzalo de Argote y de Molina y otros; pero Don Luis de Salazar y Castro en su historia genealógica de la Casa de Lara impugna á los autores citados y dá otro origen á esta ilustre familia tomado de los condes de Castilla. Esta divergencia de opiniones no nos parece tan estraña como el aserto de Salazar de Mendoza y Fr. Prudencio de Sandoval que afirman ser los Manrique de Lara descendientes de uno de los siete Infantes, siendo opinion admitida que ninguno de ellos dejó sucesion.

Sus cuerpos que fueron conducidos á Castilla, pretendian los monges de san Pedro de Arlanza que estaban en su monasterio, y lo mismo defendian los de san Millan de la Cogulla, por lo que nos quedamos en la duda de donde existian verdaderamente.

El Excmo. Sr. Duque de Rivas para ilustrar su célebre leyenda titulada el *Moro expósito*, habiendo pedido al Escelentísimo Señor duque de Frias, señor actual del estado de Salas, algunas noticias sobre los siete Infantes de Lara, y si habia algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa, le mandó varias noticias, y entre ellas la siguiente:

En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores D. Pedro de Tovar y Doña Maria de Recalde su muger, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del número de ella, y de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa Maria, en la pared de la capilla del lado del Evangelio, las cabezas de los siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra Gonzalez su hijo bastardo, que por haber tantos años que estaban allí y ser los letreros antiquísimos dudaban algunas personas si era verdad, mandóse abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene siete cabezas de pintura antigua, al parecer de mas de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, Don Fernan Gonzalez, Rui Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez; y al cabo de ellas un poco mas abajo está otra cabeza que dice el letrero que está sobre ella: Nuño Salido: y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo

(1) En Córdoba, dice Ambrosio de Morales, hay hasta agora una casa que llaman de las Cabezas (*), cerca de la del marqués del Carpio, y dicen tomó este nombre por dos arquillos que allí se ven todavía, sobre que se pusieron las cabezas de los Infantes, mal trofeo de tan infame victoria. Agora todo aquello está labrado de nuevo; mas siendo yo pequeño, edificio habia allí antiguo, morisco y harto rico, y decian haber sido allí la prision y cárcel donde Gonzalo Gustios estuvo.

(2) Esta costumbre parece cierta, pues de ella vino el refran. «hijo ageno, métele por la manga, salirse há por el seno.

(*) En la calle del mismo nombre

dorado y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrero del uno dice: Gonzalo Gustios; y el del otro: Mudarra Gonzalez; los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo que le estan juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquisima con los mismos nombres que la primera, escepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice: Nuño Salido; y en el mas antiguo: Nuño Sabido. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de canteria que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Soler cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas, que es un castillo dorado, sonó hueco; y quitando la pintura que estaba sobre la dicha puerta, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron sobre las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, demolidas y descoyuntadas, del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos estan de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.

Tal es la historia, segun se cuenta, de los Infantes de Lara; y si de su existencia no es posible dudar, como algunos historiadores lo han hecho de personages heróicos de nuestra España, es necesario confesar que esta narracion tiene mas de fabulosa y de incierta que de verdadera; y sin embargo por mucho tiempo corrió sin contradiccion alguna; pero desde que la crítica principió á tener jurisdiccion en la historia, se ha mirado con desconfianza y no se le ha dado entero asenso. Por esto pues, procuraremos calificar los sucesos de esta relacion dando á cada uno la fé que á nuestro juicio se merece.

Que los Infantes se indispusiesen con Doña Lambra y con su tio Rui Velazquez por cualquier motivo, y que de ahí les resultase la muerte por efecto de la implacable venganza de estos, es cosa á que nada se puede objetar; pero sí es estraño que todos los Infantes siendo tantos perdiesen la vida á un mismo tiempo, en un mismo trance, y de la manera que se cuenta, y sin embargo se conviene generalmente en esto, lo que no sucede en otras circunstancias de la historia de los Infantes. Rui Velazquez, dicen unos que condujo á sus sobrinos hasta cerca de Córdoba, y que Almanzor le envió gente solo para que pelease con la suya, y sabiendo que el fin era que pereciesen allí los Infantes, lo cual, si es en sí poco verosímil, lo es mucho menos si hemos de creer que Almanzor fue tal como la historia le pinta, valiente y generoso, amante de las letras y de la gloria. Otros dicen que murieron, bien lejos por cierto de Córdoba, en los campos de Araviana, cerca del Moncayo, donde aseguran que Rui Velazquez con ayuda de los moros armó una emboscada en que perecieron los Infantes. Pero en la misma Córdoba se designa otro sitio de sus muertes á una legua de la ciudad, cerca del santuario de Nuestra Señora de Linares, y allí se ven como señales siete montones de piedras que se han ido formando desde tiempos muy antiguos.

Como ignoramos el tiempo en que puntualmente ocurrieron los sucesos, no podemos asegurar si pasó ó no mucho desde el viaje de Gustios á Córdoba hasta la muerte de los Infantes. Si no trascurrió mucho y desde luego dió Almanzor libertad á Gustios, este debió de estar poco tiempo en Córdoba; y en ese caso se hacen mas improbables que lo son por otros respetos, los amores del caballero castellano con la hermana de Almanzor. Si desde la marcha á Córdoba de Gustios hasta que Rui Velazquez fraguó la muerte de sus sobrinos pasó algun tiempo, es de estrañar que los Infantes no hubiesen tenido noticia de la suerte de su padre, y por consecuencia hubiesen desconfiado de Rui Velazquez y procurado sacar á su padre de la prision de Córdoba.

Aunque se dá á entender desde luego que la venganza de doña Lambra y Rui Velazquez se estendió á todos los Infantes, y aun á su padre que no habia tenido culpa de los pasados sucesos, no parece bastante motivado el llevar las cabezas á Córdoba para presentarlas á Gonzalo Gustios, y mas cuando en esto habia de intervenir Almanzor que no es de creer permitiese se causase al padre tan terrible dolor sin necesidad alguna. Muertos los Infantes parece natural quedase satisfecha la venganza de Rui Velazquez y no le ocurriese agravar mas la suerte del infeliz preso de Córdoba.

Los amores de este, causa del nacimiento de Mudarra parecen novelescos y nada verosímiles atendidas las costumbres y modo de vivir de los árabes; pero habiendo una tradicion tan antigua sobre la existencia de Mudarra, como lo manifiesta el enterramiento de la villa de Salas, donde, segun hemos referido arriba, se vé un castillo con dos figuras, cada una de ellas con medio anillo en la mano, el cual enterramiento, aunque no sea, como en efecto no es contemporáneo al suceso de los Infantes parece de una gran antigüedad; no nos atrevemos á negar la existencia de Mudarra, aunque tengamos que colocar los amores de su padre en la línea de los acontecimientos raros y estraordinarios, ó decir que tuvo este hijo bastardo de otro modo de como se cuenta, y no de la hermana de Almanzor.

El tiempo á que se refiere la historia de los Infantes es el reinado de Ramiro III de 967 á 982, ó los primeros tiempos del sucesor Bermudo II.

LUIS MARÍA RAMIREZ Y LAS CASAS DEZA.

LA SUEGRA DEL DIABLO.

CUENTO POPULAR.

Pues señor, érase, en un lugar llamado Villagañanes, una viuda mas fea que el sargento de Utrera, que reventó de feo; mas seca que un espectro; mas vieja que el andar á pié, y mas amarilla que la epidemia.—En cambio tenia un genio tan maldito que ni el mismo Job lo hubiera aguantado. Habíanla puesto por apodo la tia Holofernes, porque apenas asomaba la cabeza cuando todos los muchachos daban á huir.—Era la tia Holofernes limpia como el agua, y hacendosa como una hormiga, y por lo tanto no tenia poca cruz con su hija, Pánfila, la que, á la contra, era tan holgazana y tan amiga del padre Quieto, que no la moveria un terremoto.—Así es que la tia Holofernes empezaba riñendo con su hija cuando Dios echaba sus luces, y cuando las recogia aun duraba la fiesta.—«Eres, la decia, floja como el tabaco de Holanda, y para sacarte de la cama se necesita una yunta de bueyes.—Huyes del trabajo como de la peste, y te gusta mas la ventana, chiquilla sin vergüenza, que á una mona.—Mas enamorada eres que el tio Cupido;—pero ó he de poder poco ó has de andar mas derecha que un huso y mas ligera que el viento.»—Pánfila, al oir esto, se levantaba, bostezaba, se esperezaba, y, cogiéndole las vueltas á su madre, se iba á la puerta de la calle.

La tia Holofernes, sin advertirlo, se ponia á barrer con una actividad desatinada, acompañando el ruido de la escoba con monólogos de este tenor:

—En mis tiempos las muchachas trabajaban como machos.

La escoba hacia chis, chis, chis.

—Vivian recogidas como monjas.

Y la escoba chis, chis.

—Ahora son un hato de locas—chis, chis.

—De haraganas—chis, chis.

—No piensan mas que en los novios—chis, chis.

—Y estos son un hato de perdidos—la escoba seguia otorgando con su chis, chis.

Llegando á la sazon cerca del zaguan, veia á la hija haciendo señas á un mozuelo, y el baile de la escoba terminaba en un bien parado sobre las espaldas de Pánfila, que obraba el milagro de hacerla correr. En seguida se dirigia la tia Holofernes, empuñando su escoba, á la puerta; pero apenas se asomaba, cuando su cabeza, haciendo el efecto acostumbrado, desaparecia tan ligero el

pretendiente que no parecia sino que le habian salido alas en los pies.

—¡Maldita enamorada! gritaba la madre; te he de romper cuantos huesos tienes en tu cuerpo:—¿qué pretendes, dí, con tanto devaneo?

—Casarme, madre; que ya es razon.

—¡Casarte! ¿qué digiste? ¡casarte, loca de atar! no en mis dias.

—¿Pues V. no se casó, señora? ¿y mi abuela, y mi bisabuela?

—Harto me pesa, pues ello fué causa de que te pariese á tí, deslenguada: y ten entendido que si yo me casé y se casó mi madre y mi abuela, no quiero que te cases tú, ni mi nieta, ni mi biznieta; ¿lo has oido?

En estos suaves coloquios pasaban la madre y la hija su vida, sin otro resultado que ser la madre cada dia mas regañona, y la hija cada dia mas enamorada.

En una ocasion en que la tia Holofernes estaba haciendo la colada, y en punto de hervir la legía, hubo de llamar á su hija para que le ayudase en alzar la caldera del fogon, y á verter su contenido sobre la canasta de colar. La hija la oia con un oido, pero con el otro atendia á una voz conocida que cantaba en la calle:

Yo te quisiera querer
y tu madre no me deja:
el demonio de la vieja
en todo se ha de meter.

Siendo para Pánfila el pelar la pava una perspectiva mas halagüeña que la caldera de la legía, dejó Pánfila que se desgañotase su madre, y acudió á la reja.

Entre tanto, viendo la tia Holofernes que la hija no venia, y que se le pasaba la hora, agarró sola la caldera para verter el caldo sobre la ropa; y como era la buena mujer chica y de pocas fuerzas, la derramó y se abrasó un pie. A los gritos desaforados que daba la tia Holofernes, acudió su hija.

—¡Maldita, remaldita, malditísimas! le decia la Holofernes hecha un basilisco, enamorada de Barrabás sin mas pensamiento que el casorio, permita Dios que te cases con el demonio.

Algun tiempo despues de esto, se presentó un pretendiente, que era uno como pocos; mozo, blanco, rubio, y bien portado, y con los bolsillos bien provistos; no habia pero que ponerle, y ninguno pudo hallar la tia Holofernes, en su arsenal de negativas. A Pánfila le faltaba poco para volverse loca de alegría; hiciéronse pues, (con el debido acompañamiento de regaños por parte de la futura suegra del novio) los preparativos de la boda.—Todo marchaba pues, ligero, derecho, y sin tropiezo como por un camino de hierro, cuando sin saber porqué la voz del pueblo, voz que es como una personificacion de la conciencia, empezó á levantar una sorda reprobacion contra aquel forastero, á pesar de que se mostraba afable, humano, dadivoso; hablaba bien y cantaba mejor, y apretaba entre sus blancas y ensortijadas manos, las negras y callosas de los gañanes.—Ellos empero no se daban por honrados ni subyugados.—De tanta cortesia, su razon era tan tosca, pero tambien tan fuerte y sólida como sus manos.—

—¡Por via de Sanes! decia el tio Blas, pues ¿nó me llama ese V. S. mal encarado; *Señor Blas*, como si yo la echase de mas y mejor?—¿Qué te parece?—

—Pues ¿y á mí? respondia el tio Gil; no me viene á dar la pata, como si algo tuviésemos que freir juntos?—¿no me dice que soy ciudadano yo, que jamás he salido ni quiero salir de la aldea?—

Por su lado la tia Holofernes, mientras mas miraba á su yerno mas le miraba de reojo. Parecíale que entre aquellos inocentes cabellos rubios y el cráneo se interponian ciertas protuberancias de mala especie,—y recordaba con recelo aquella maldicion que echó á su hija el dia de triste memoria en que averiguó á punto fijo lo que duele una quemadura de legía hirviendo.

Por fin llegó el dia de la boda. La tia Holofernes habia hecho tortas y reflexiones—las primeras dulces, las segundas amargas.—Una gran olla podrida para la comida, y un gran proyecto para la cena—habia preparado un barril de vino generoso, y un plan de conducta que no lo era.—Cuando los novios se iban á retirar á la cámara nupcial llamó la tia Holofernes á su hija y la dijo: cuando estén VV. recogidos en su aposento, cierra bien todas las puertas y ventanas; tapa todas las rendijas, y no dejes sin tapar sino únicamente el agujero de la llave.—Toma en seguida una rama de olivo bendito, y ponte á pegar con ella á tu marido hasta que yo te avise; esta ceremonia es de cajon en todas los bodas, significa que en la alcoba manda la muger, y sirve para sancionar y establecer ese mando.

Pánfila, obediente por primera vez á su madre, hizo todo como lo habia prescrito la pícara vieja.

Apenas vió el novio la rama de olivo bendito en manos de su muger, cuando echó á huir precipitadamente.—pero como hallase puertas y ventanas cerradas, y las rendijas tapadas, no viendo mas escapatoria que el agujero de la llave, se coló por él, como por una puerta cochera, porque habrán VV. caido, así como lo sospechó la tia Holofernes, en que aquel guapo mozo tan rubio y blanco y tan bien hablado era ni mas ni menos que el diablo en persona, el cual usando del derecho que le daba el anatema que contra su hija lanzó la tia Holofernes, queria regalarse con los obsequios y regocijos de una boda, cargando luego con su muger, haciendo así en beneficio propio, lo que tantos maridos le suplicaban hiciese en el de ellos.—

Pero este señor, á pesar de que sabe mucho segun es fama, habia dado con una suegra, que sabia mas que él, (y no es la tía Holofernes, el único ejemplar de esta especie).—Asi apenas entró S. S. en el agujero de la llave, dándose el parabien de haber hallado, como siempre la escapatoria, cuando se halló preso en una redoma, que su prevenida suegra tenia aplicada por fuera al agujero de la llave, y no bien estuvo dentro cuando su suegra tapó la vasija herméticamente, rogábala el yerno, con las voces mas tiernas y las súplicas mas humildes, con los ademanes mas patéticos que le diese carta de libertad. Hacia presente, cuanto faltaba con aquella tiranía á la humanidad, con aquella arbitrariedad al derecho de gentes, con aquel despotismo á la constitucion. Pero á la tia Holofernes, no la embaucaba el diablo, ni la desconcertaban arengas, ni la imponian palabrotas, y asi, no hubo tu tia: cargó con la redoma y su contenido; se fué á un monte y trepando, trepando con vigor, llegó á su elevada cima, escarpada y solitaria, donde depositó la redoma porque le sirviese de cresta y se alejó, amenazando á su yerno con el puño cerrado á guisa de despedida.—

Allí permaneció S. S. 10 años.—¡Qué 10 años, señores!!! el mundo estaba como una balsa de aceite.—Cada cual atendia á lo suyo sin meterse en lo que no le competia.—Nadie deseaba ni el puesto, ni la muger, ni la propiedad agena;—el robo vino á ser una palabra sin significado, las armas enmohecieron; la pólvora se consumió solo en fuegos artificiales, los locos no pasaron de divertidos, las cárceles se vieron vacias, en fin en esa decada de siglo de oro, no acaeció sino un solo *deplorable suceso*, los abogados se murieron de hambre y silencio.—

—¡Ay! mil veces ay!—Tan feliz estado habia de tener fin, todo lo tiene en este mundo, menos los discursos de algunos elocuentes padres de la pátria. El fin de la envidiable decena fué del modo siguiente:

Un soldado llamado Briones habia obtenido licencia para ir por unos dias á su pueblo que lo era Villa Gañanes. Seguia este un camino que rodeaba al encumbrado monte, sobre cuya cúspide estaba el yerno de la tia Holofernes, renegando de todas las suegras, presentes, pasadas y futuras, prometiéndose á sí mismo acabar con esa clase viperina cuando reconquistase su poder, valiéndose para este fin de un medio sencillo, el de abolir el matrimonio—entre tanto se entretenia en componer y recitar sátiras contra la invencion de la colada.—

Llegado al pié del monte Briones, que segun ya lo decia su apellido, tenia brios aumentativos, no quiso echarse á un lado como lo hacia el camino, sino que siguió derecho asegurando á los arrieros que venian con él, que si el monte no se le quitaba de delante, pasaria par cima de él, aunque fuese tan alto, que le costara descalabrarse contra la bóveda del cielo.—

Llegando arriba quedóse Briones admirado al ver aquella redoma que á manera de berruga, llevaba el monte en las narices—cojióla, miróla al trasluz, y al percibir al diablo, que con los años, el encierro y ayuno, los rayos del sol y la tristeza se habia quedado tan consumido y amojamado como una ciruela pasa, esclamó asombrado:

—¿Qué bicho, qué mal engendro, qué fenómeno es este?

Soy un honorable y benemérito diablo, mejorando lo presente, contestó humilde y cortesmente el encerrado, la perversidad de una traidora suegra (que en mis garras caiga) me tiene aquí encerrado hace diez años: libértame, valiente guerrero, y te otorgaré el favor que me pidas.

Quiero mi licencia, respondió Briones sin vacilar.—

—La tendrás, pero destapa, destapa pronto que es una monstruosa anomalía tener arrinconado en este tiempo de revoluciones al primer revolucionario del mundo.

Briones sacó un poco el tapon y salió de la redoma un vapor mefítico que le subió al cerebro. Estornudó y en seguida se apresuró á volver á apretar el tapon dándole con la mano estendida una furiosa palmada, de modo que el corcho se hundió de pronto estrujando al preso que dió un grito de rabia y dolor.

—¿Qué haces vil gusano terrestre, mas malo y pérfido que mi suegra? (esclamó.)

—Es, respondió Briones, que pongo otra condicion en nuestro trato; me parece que el servicio que voy á hacerte, lo vale.

—¿Y cual es esa condiccion, pesado libertador? preguntó el diablo.

—Quiero por tu rescate cuatro duros diarios mientras yo viva.—Piénsalo, pues esta sí que es, la de dentro ó fuera.

—Por Satanás, por Lucifer, por Belcebú, esclamó el diablo, miserable, avariento, no tengo dinero.

—¡Oh! repuso Briones, vaya una respuesta para un señoron como tú!

—Esa, compadre, es respuesta de ministro.—Ni te pega á tí, ni me conviene á mí.

—Pues ya que no me crees, dijo el diablo, dejame salir, y te ayudaré á procurártelo como he hecho con muchos otros: eso es lo que puedo hacer por tí. Suéltame, suéltame, con mil de los mios, suéltame.

—Poco á poco (contestó el soldado) nadie nos corre, y maldita la falta que haces en el mundo. Ten entendido que te he de tener agarrado por la cola, hasta que me cumplas lo prometido, y si no no hay nada de lo dicho.

—¿No te fias de mí, insolente? gritó el diablo.

—No, respondió Briones.

—Lo que me pides es contra mi dignidad, dijo el preso con toda la arrogancia que podia demostrar una ciruela pasa.

—Pues me voy, dijo Briones.

—Agur, dijo el diablo, por no decir adios.

—Pero viendo que Briones se alejaba, empezó el preso á dar desaforadas vueltas por la redoma llamando á gritos al soldado.

—Vuelve, vuelve, amigo querido, decia y para sí añadia: ¡que no te cogiera un toro de cuatro años, truan desalmado! pero seguia gritando, ven, ven, benéfica criatura, librétame, y agárrame por la cola ó por las narices, guerrero benemérito, y seguia murmurando; de mi cuenta queda vengarme, soldado infame, y si no puedo lograrlo, haciéndote yerno de la tia Holofernes, he de hacer, que ardais cara con cara en la misma hoguera ó he de poder poco.

Al ver las súplicas del diablo, volvió Briones y destapó la redoma. Salió el yerno de la tia Holofermes como un pollo del cascaron sacando primero la cabeza y sucesivamente todo el cuerpo, y por último la cola, de que se asió Briones por mas que quiso encogerla el rabudo.

Despues que el ex-preso que estaba bastante entumido se sacudió y esperezó, estirando bien los brazos y las piernas, se pusieron en camino para la córte, raneando el diablo por delante, y siguiéndole el soldado llevando la cola bien cojida en sus manos.

Llegados que fueron á la córte, dijóle el diablo á su libertador:

—Voy á meterme en el cuerpo de la princesa á quien el rey su padre quiere con extremo y la daré tales dolores, que ningun médico los sepa curar: te presentarás tú entonces, ofreciéndote á curarla, mediante la recompensa de cuatro duros diarios, yo saldré entonces y nuestras cuentas quedarán saldadas.

Todo sucedió segun lo habia arreglado y previsto el diablo; pero no acertó á prever que al quererse marchar Briones le agarró por la cola y le dijo:

—Bien pensado, señor, son cuatro duros una mezquindad indigna de vos, de mí, y del servicio que os he prestado. Buscad medio de mostraros mas generoso. Eso os hará honor en el mundo.. Donde (perdonad mi franqueza) no gozais la mejor opinion.

—Que no pueda yo cargar contigo! (dijo para sí el demonio) pero estoy tan débil y tan entumecido, que ni puedo conmigo mismo. ¡Tengo pues, que tener paciencia!! Eso que los hombres llaman una virtud. ¡Oh! ya comprendo por qué vienen tantos á mi poder, por no haberla practicado. Anda pues, maldito de cocer, anda que de la horca has de venir á la caldera, donde todo saldrá á la colada. Vamos á Nápoles, ya que me es preciso ceder para libertar mi rabo del que no me desprendo porque no me es posible. Vamos y nos valdremos del arbitrio de antes para saciar tu tremenda codicia.

Todo salió á medida de su deseo. La princesa se revolvia convulsa de dolores en su lecho. El rey estaba en la mayor afliccion.

Presentóse Briones con la arrogancia del que sabe que el diablo le ayuda. El rey admitia sus servicios, pero puso una condicion, que fué, que si en tres dias no curaba á la princesa, como ofrecia hacerlo con tanta seguridad, seria el presuntuoso doctor ahorcado. Briones seguro del buen éxito, no puso la menor objecion.

Por desgracia oyó el diablo el trato, y dió un brinco de alegria al ver como se le venia á las manos la ocasion de vengarse.

El brinco del diablo causó á la princesa tales dolores, que gritó se llevasen al médico.

Al dia siguiente se repitió la misma escena. Briones conoció entonces que el diablo hacia de las suyas y que su intencion era dejarle ahorcar. Pero Briones no era hombre que perdia la cabeza.

Al tercer dia cuando el presunto médico llegó á palacio, estaban levantando la horca frente á la puerta del mismo palacio.

Al entrar en la estancia de la princesa redoblaron los dolores de la pacienta y se puso á gritar que echasen fuera á aquel curandero impostor.

Todavía no se han agotado todos mis recursos, dijo Briones con gravedad. Dígnese V. A. aguardar un rato. Salióse en seguida, y dió órden en nombre de la princesa que repicasen todas las campanas de la ciudad.

Cuando volvió á la estancia real, el diablo que aborrece de muerte el sonido de las campanas, y que además es curioso preguntó á Briones ¿á que santo era el repique?

Repican, respondió el soldado por la llegada de vuestra suegra, que he mandado á llamar.

Apenas oyó el diablo que llegaba su suegra cuando echó á huir con tal rapidez que ni un rayo de sol le hubiese alcanzado. Ufano como un gallo, pero mas feliz que el de Moron, se quedó Briones cacareando y con plumas.

Trasladado de la tradicion por

FERNAN CABALLERO.

Carro con velas.

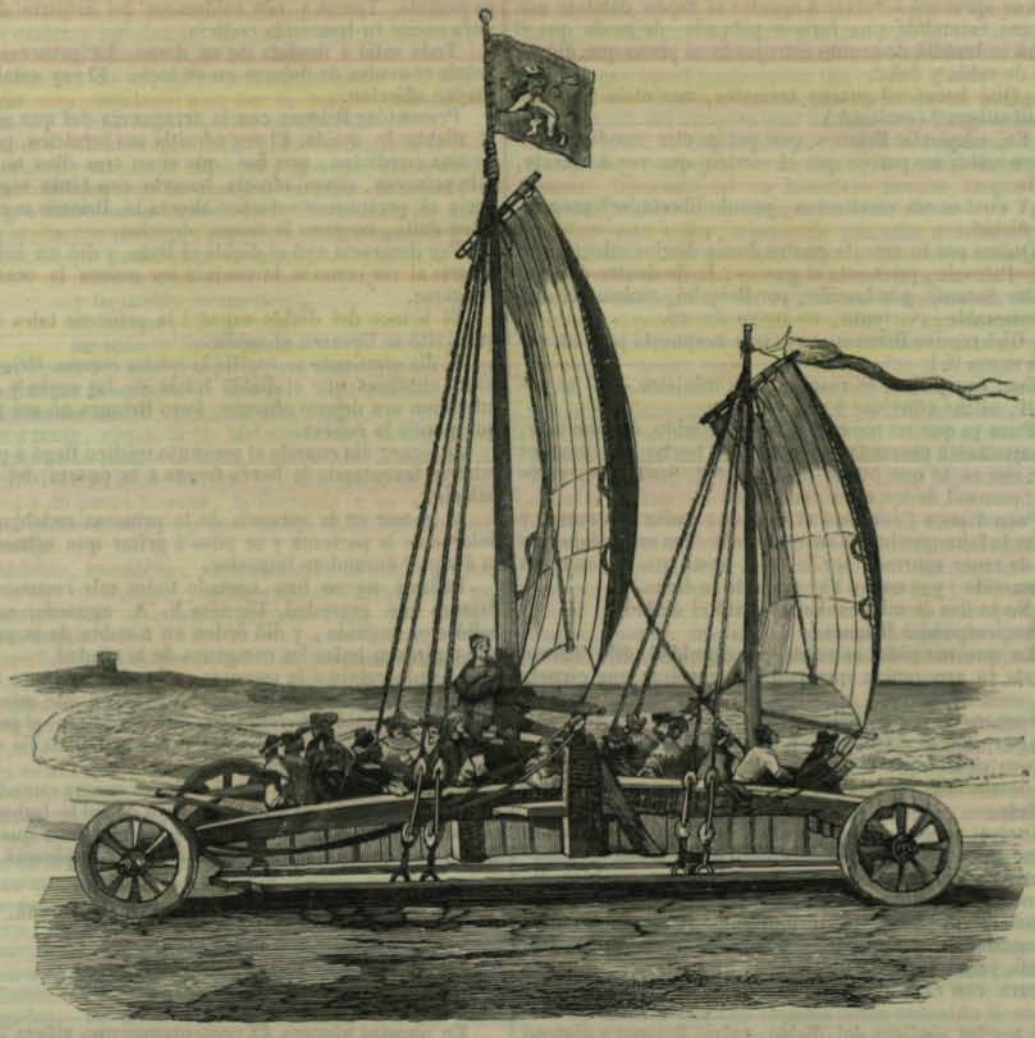
En nuestro número 43 presentamos una viñeta que representaba un carreton con vela, de la China; hoy ofrecemos la vista de un carro de mayores dimensiones, construido en Holanda en los últimos años del siglo XVI, y que tenia casi la misma ventaja que los caminos de hierro modernos. En aquel pais llano se intentó adaptar á un carro velas capaces de imprimirle un movimiento considerable, y hacerle recorrer rápidamente largas distancias. El carro alado fué en efecto puesto en práctica con un éxito completo, y escitó durante los primeros años del siglo XVII la curiosidad universal.

Hé aquí como se halla descrita la prueba por Gassendi, que da cuenta de las impresiones esperimentadas por su amigo Peirels, en vista de este descubrimiento.

«Hizo una escursion hasta Schebelin para asegurarse por sus propios ojos de la rapidez de un carro construido años hacia, con tal arte, que por medio de velas desplegadas, vuela sobre el camino como un navío. Habianle dicho que el conde Mauricio despues de la victoria de Nieu-Port, queriendo hacer la prueba, subió en él con Francisco Mendoza, su prisionero en el combate, y pudo llegar en dos horas á la aldea de Pultena, que está á 14 leguas de Schebelin. Peirels quiso tambien hacer su esperimento, y tenia gusto en contar la admiracion que le causó cuando

llevado por un viento impetuoso, vió las desigualdades del camino salvadas con la precipitacion de una bala, los correos que habian tomado la delantera parecian recular, los objetos que se presentaban mas lejos eran dejados atrás en el instante, y mil otras maravillas por el estilo.»

Hé aqui una descripcion que tiene bastante semejanza con la que pudiera hacerse de un viaje por ferro-carril. Es de lamentar que Gassendi, que tan bien ha pintado los efectos, no haya entrado en mas detalles sobre la construccion de este hermoso navío de tierra. ¿No era necesario un lastre considerable para contrabalancear el efecto de las velas? ¿Estas velas podian servir con toda clase de vientos? ¿El carro podia rodar sobre todo género de superficie? ¿No necesitaba que se le aplicara un sistema particular de ruedas? No habia habido necesidad de preparar convenientemente las rutas, para disponer una rotacion fácil? Cuestiones son estas cuya solucion no careceria de interés para los hombres ingeniosos, ocupados hoy en discurrir cómo puede darse impulso por medio del aire comprimido, á un vehículo que corria antes al aire libre.



Carro de velas.

GENTIL-ZUBI.

Tradicion Vizcaina.

A una legua escasa de la anteiglesia de Dima, en Vizcaya, y en el barrio llamado Induci, se encuentra el puente de Gentil-Zubi. A sesenta pasos de distancia, siguiendo el sendero que atraviesa el arco del puente, y al pié del monte Cova-alde, se vé una de las bocas ó entradas de la famosa cueva de Balzola. La naturaleza ha derramado en estos lugares la parte de sus tesoros mas variada, mas amena, mas rica y mas abundante.

Una calzada de dura piedra construida en época harto azarosa para Vizcaya, comienza á la salida de Dima, tomando la direccion de Balzola. A los dos lados, se elevan hasta perderse de vista con el cielo rocas hendidas por mil partes en las que apenas nace mas que el áspero cardo silvestre ó la *érica* mezclada con la punzante árgoma. Alguna cabra atrevida asienta con temor sus patas en las grietas de la piedra, y en lo mas empinado del monte vése con frecuencia un buitre, como avanzado centinela, señor de aquellos contornos. Un inquieto pero agradable riachuelo serpentea saltando sobre su duro lecho y en sus orillas crecen rústicas flores que exhalan su perfume al aire. El camino tortuoso, abierto en muchas partes y amasado por el pié del romero que se dirije al santuario de Urquiola, ofrece á la vista del curioso un estrecho pero animado cuadro, en el que encuentra á la vez peñas, cascadas y flores. Y si quiere dilatar su vista y aspirar las mas gratas emanaciones de la tierra, si desea contemplar las obras de Dios y quedar absorto ante sus grandezas, trepe la cima de Cova-alde y admirará el mas estraño panorama que pudieran ver sus ojos. Mas como el objeto que me he propuesto al tomar la pluma solo ha sido el de narrar una de las muchas tradiciones de mi patria, conténtese el lector con la breve pintura que llevo hecha del lugar del suceso, que tiempo llegará en que mas detenidamente le hable de la cueva de Balzola, mansion que ha presenciado, segun nos dicen las antiguas consejas, los mas peregrinos acontecimientos.

Caminaban cuatro romeros por el sendero que hemos referido, en peregrinacion al santuario de Urquiola, lleno

el corazon de fé y con la uncion santa de los escogidos, una tarde calmosa del estio. Sus abrasados labios apenas podian pronunciar las oraciones sin el auxilio del fresco arroyo que á su lado corria. El cielo sereno, cuando empezaron á subir la cuesta, se oscurecia conforme se aproximaqan á Balzola, hasta que repentinamente algunas gruesas gotas de agua y el lejano rumor del trueno, les obligaron á buscar una guarida contra la tempestad que les amenazaba. En vano miraban por todas partes, no habia ningun asilo; solamente la gruta de Balzola estaba al paso; pero su fama de mal agüero, vedaba á los tristes caminantes penetrar en ella, y se esponian humildes á la furia de los elementos que ya habian comenzado á desatarse. Uno de ellos, mas atrevido sin duda, invocando el nombre del santo, se

acercó á la cueva y cuando sus compañeros admirados, le vieron sin lesion alguna, imitándole, internáronse en ella y se pusieron á cubierto de las iras de la tempestad. Mas de repente una fosfórica llama que les dejó sin vista iluminó la estancia, y una voz mas ronca aun que la del tronco mismo, les dijo:

—Miserables! osais penetrar en mis dominios sin pertenecerme: yo castigaré vuestra audacia y pese á vuestro Antonio, no saldreis vivos de aqui.

Asombrados los romeros, implorando el favor de su patrono y temiendo una muerte tan próxima como cierta, huyeron despavoridos, y á pesar de la lluvia que caia á torrentes y del rayo que recorria la admósfera, hincándose de rodillas en el suelo y elavando la vista al firmamento, murmuraban desfallecidos estas palabras.

—San Antonio amparadnos.

Dos inmensas rocas vieron desprenderse de la cúspide del monte, arrojadas con violento impulso; y cuando esperaban con la frente postrada en el suelo su último instante, oyeron una voz lejana que les repetia *seguid vuestro camino.*»

Al levantarse, observaron una brillante auréola en el espacio y encima de sus cabezas, dos enormes peñascos que formando un arco, daban libre y cómodo paso al sendero por donde iban caminando.

Los naturales le llaman Gentil-Zubi, que traducido al castellano significa *puente de los Gentiles.* Aunque este nombre me ha hecho rebuscar su origen, nada mas he podido indagar de lo que llevo referido. J. E. D.

HACÉN EN SU CORTE.

La discordia civil vertido habia
El licor de su copa envenenada
En la alma de los arabes y ardia
El cráter de un volcan bajo Granada:
Mas oculto en la tierra todavía
El fuego asolador, aposentada
Parecia en la Alhambra la ventura,
Firme su sólio y su quietud segura.

Reinaba allí Muley Hacén, guerrero
Mas que rey y político, su mano
Nunca el cetro empuñó, sino el acero:
No temió nunca, sino odió al cristiano:
Ni nunca tregua respetó altanero,
Ni manchó su decoro soberano
El tributo pagándole, rendido
Por su padre Ismaél, que fué vencido.

En diez años de próspero reinado
Al porvenir mirando y al decoro
De su trono Muley, habia logrado
Su ejército doblar y su tesoro.
De Africa con los reyes coligado,
Prevenido á la liz se habia el moro
Y de víveres y armas hecho apresto
En pié sus plazas de defensa puesto.

Numerosos sacó de Berbería
Escuadrones de tropas auxiliares,
Del desierto veloz caballería,
Saeteros del Fez Almogavares:
Y un pié de sus fronteras no tenia
Sin avanzados puestos militares,
Ni un cerro de sus ruinas á la raya
Sin el ojo sagaz de una atalaya.

Seguro como un aguila en su nido
En Granada Muley por sus fronteras
Guardado y de sus súbditos temido
Por los decretos de su ley severa,
Reinaba en celebrar entretenido
Con sus enamorados caballeros
Fiestas, zambras, saraos deslumbradores,
En honor de la hurí de sus amores.

Es esta la cautiva seductora
Que Isabel de Solis niña y cristiana
En martes te llamó y á quien ahora
En el serrallo de Muley sultana
Zaraya llaman, en la lengua mora
Lucero precursor de la mañana;
Astro en verdad de amor y de hermosura
mas precursor de asolacion futura.

Por el ardiente amor de esta cautiva
Olvidado Muley de Aija su esposa
De su presencia y de su amor la priva
Y Aija como oriental fiera y celosa
Y como reina y afrentada altiva,
Disimula la rabia que la acosa
Alentada no mas por la esperanza
De tomar en los dos feroz venganza.

Un hijo tiene Abú-abdilá llamado
Del rey versátil y por ella propia
En odio de Muley amamantado:

Mozo gallardo de su padre copia,
Mas contrario á su padre por el hado
Fatal en que nació, traidora acopia
El ódio hacia Muley que Aija respira
Y el que su estrella personal le inspira.
Guárdale la sultana con desvelo
Y témele el monarca por instinto
Odiale la Zoraya con recelo
De que á sus hijos dañe, cuando estinto
Del amor de Muley la prive el cielo:
Y Abú-abdilá entretanto en el recinto
De Granada parciales allegando
Sagaz se forma poderoso bando.
Sospéchalo Muley; la favorita
En el amor del árabe fiada
Diestra su odio á su rival escita:
Pero menos contra ambos osa á nada.
Cuanto mas el monarca lo medita
Nace asi la carcoma de Granada.
Y Hacén en el peligro se adormece
Y el tiempo vuela y el peligro crece.
¡Escrito estaba, del amor fué pena!
Perdió Eva al Padre de la raza humana,
A Hércules Deyanira, á Troya Elena,
Lucrecia al solio y magestad Romana,
Florinda á D. Rodrigo; y la agarena
Gente perdióse por la vil cristiana
Que dando impura á Boabdil hermanos,
Dió á sus almas rencor, hierro á sus manos.
¡Escrito estaba!.... comprendiólo luego
El postrimer monarca granadino:
Y segun el Koran el hombre ciego
Torcer no puede su fatal destino.
¡Escrito estaba! lágrimas de fuego
Vertiendo del Padul sobre el camino
Lo dijo Abú Abdil hácia Granada
Triste volviendo la postrer mirada
Y escrito estando é inmutable siendo
El fallo del destino; hácia su ruina
Arrastrado por él iba corriendo
Sordo y ciego Muley, á la divina
E inescusable voluntad cediendo:
Y esclavo del amor que le domina
En mantener no mas piensa á Granada
Esclavo de su hermosa renegada.
Sola por eso su grandeza estima,
Su prez en mantener piensa por eso,
Por eso ardor de combatir le anima
Triunfos soñando su amoroso esceso.
Por eso de su alcázar desde encima
Del muro y agoviada bajo el peso
De su amante ambicion se le veia
Mirar la vega al trasponer el dia.
Desde el adarbe real de su alcazaba
De la Alhambra Muley con complacencia
Del granadino reino contemplaba
La amenidad y próspera opulencia;
Y al cristiano poder desafiaba
Con desdeñosa y bárbara insolencia
Allejos divisando los pajizos
Muros de sus castillos fronterizos.
Sonreia el infiel con arrogancia
Mirando las montañas guardadoras
De su tierra y en fertil abundancia
Las tribus de sus pueblos moradoras,
Sonreíase al ver en la distancia
Del Africa arribar las naves moras
Sobre un mar que parece en lejanía
Un ceñidor azul de Andalucía.
Embriagábase el árabe de orgullo
Contemplando la espléndida hermosura
De su vega y serviale de arrullo
El misterioso son con que murmura
La sociedad, y el singular murmullo
Que armoniza, do quier el aura pura,
Cuando orea con ala sosegada
La region por los hombres habatida
Absorto contemplaba el noble moro
La vega Granadi, huerta estendida
De su córte á sus pies: rico tesoro
De ocio y placer y manantial de vida;
Y el alma de Muley en sueños de oro
con pereza oriental adormecida
Se gozaba en mirar desde la altura,
Por milésima vez tanta hermosura.
En aquel cielo azul y trasparente
Pabellon de cristal sin mancha alguna,
Lucen sobre la tierra eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.
Allí Genil su límpida corriente
Vierte con Darro y Monachil á una
Brotando á sus regueros creadores
En basta profusion frutos y flores.
Allí el cedro fragante y los almeses
Amados de los pájaros campean
de Jericó á la par con los cipreses:
Las vides de Falerno allí se orean
Entre pajizas y preñados mieses
Que magnolias espléndidas sombrean:
Y allí las cañas del Jordan sonoras
Suenan bajo las palmas cimbradoras.
Las de la humana ciencia mas ignotas
Salutíferas plantas allí quiso
Dios fecundar y de las mas remotas
Tierras los frutos dió á un paraiso:
Los sagrados laureles del Eurotas,
Los poéticos Tilos del Damiso,
De Estambul los ardientes tulipanes
De Cártago los frescos arrayanes.
Por las fragantes y purpúreas rosas
Sus rosas la cediera Alejandría:
Por sus morenas hijas voluptuosas
Sus hijas la Circasia la daria:
El zumo de sus vides deliciosas
La campiña de Chipre envidiaria
Su frescura los bosques de la Ausonia,
Sus árabes pensiles Babilonia.
Tal es la vega de Granada: tales
Las delicias que encierra y que el monarca
Desde sus ajimeces orientales
Con mirada de Alcon ufano abarca;
Tal es su reino entero; y en sus reales
Alientos le parece ofrenda parca
Que llevar á los pies de la que adora,
De Zoraya, lucero de la aurora.
Por eso se estasía contemplando
Sus tierras y su córte guarnecida,
Por las bravas legiones de su mando
De mil y treinta torres defendida:
Y al pensar en la córte de Fernando
En sus tierras aun no establecidas
«¡Venga á pedir, esclama, si se atreve
El vil tributo que Muley le debe!»

(Granada poema oriental. Libro II.) J. ZORRILLA.

Madrid: Imp. del Semanario y de la Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.